

trabajado con tanta abundancia y fuerza. Como una fuente seca que durante los largos meses de invierno y de nieves se ha ido llenando silenciosa y pausadamente, su inspiración brotó clara, abundante y poderosa. Sintió que lo que escribía era excelente, y sin vanidad, con una clarividencia asombrosa se daba cuenta del efecto, como si hubiese sido á un tiempo autor y público. Los motivos repercutían en su espíritu, y los iba anotando sin ningún arrebató y sin sentir la más ligera emoción febril. Escribía con una razonada lucidez que hacía imposible todo error. Los hilos de su pensamiento se cruzaban y se confundían, formando el espléndido tejido de su obra. Y al recobrar la posesión de sí mismo, cosa que habría debido embriagarle, se sentía triste: una profunda amargura se apoderó de él al comprender que aquel florecimiento intelectual nacía de sus sufrimientos, y que la desgracia había sido el fecundo terreno en donde habían germinado las flores de su genio.

A los pocos días, se fué á París para ver á su colaborador Claudio Labarre. Salía de casa del célebre autor dramático, y sin detenerse á callejear se dirigía de prisa hacia la estación de San Lázaro, cuando, al cruzar por la calle de Caumartín, tuvo que detenerse para dejar paso á un lujoso carruaje cuyo caballo piafaba impacientemente como protestando de la lentitud con que le obligaba á marchar la afluencia de coches. Una exclamación

ahogada llegó á sus oídos, y levantando los ojos, reconoció á Susana tras los cristales de la ventanilla. La joven, con el rostro cubierto por intensa palidez, le hizo señas para que la esperase, al mismo tiempo ordenó al cochero que se detuviese, y con indecible precipitación se apeó de un salto. Derstal, inmóvil en el borde de la acera, la recibió en sus brazos.

Lo imprevisto del encuentro, la espontaneidad de la manifestación y el ardor del impulso hicieron mucho más que las mejores explicaciones. Un momento después los esposos se estrechaban las manos. Sin decir una palabra pasearon una mirada en torno suyo; divisaron San Luis de Autún, y con la misma idea, no pudiendo hablar en la calle y teniendo necesidad de encontrarse solos y frente á frente, subieron los escalones y entraron en la iglesia. En una capillita oscura y desierta se sentaron, sintiéndose muy emocionados por la gravedad del lugar, y turbados por la importancia de lo que tenían que decirse. Fué Susana la que, con su acostumbrada claridad, habló la primera.

—Me has abandonado, Oliverio, y si la casualidad no nos hubiese reunido hoy, tal vez no nos habríamos vuelto á ver. ¿Aceptabas esta separación sin hacer ningún esfuerzo para ponerla un término? ¿Tan poco me quieres? Confiesa que he tenido muy poco amor propio corriendo hacia ti en cuanto te he visto; porque si no me hubiese apeado, ¡quién sabe si me habrías dejado pasar, di-

rigiéndome tan sólo una mirada indiferente! Confiesa también que soy muy poco rencorosa al hablarte con tanta dulzura después de lo que mi hermano me ha contado de su entrevista contigo.

—Querida Susana, yo estoy convencido de que si no hubiese tenido que tratar más que contigo, nuestra buena armonía no se hubiera turbado nunca.

—¡Oh! Seguramente vas á hablarme mal del pobre Harry, que siente tanto como yo misma lo que está sucediendo..... No has interpretado bien sus intenciones, Oliverio; Harry te ha profesado siempre tanta admiración como afecto.

—Exactamente lo mismo—dijo sonriendo Ders-tal;—esto es una gran verdad.

—¡Siempre la ironía francesa! ¿Crees que te odia y te desprecia?

—No me ha dado ningún motivo para dudarlo.

—¿Mi hermano?

—Sí, Susana; tu hermano, Harry, el triunfador de *Atala*.

—Es error tuyo.

—No lo creas. No tengo el menor resentimiento en contra de ese muchacho; no lo merece. Pero en obsequio á ti no quiero ocuparme de él, y no te diré todo lo que de él pienso. Hablemos de ti, Susana, pues es el único medio que tenemos para no hacernos sufrir. Yo sé que eres sincera, como lo era yo mismo, y te he querido con tanta ternura.....

—¡Me has querido!..... Esto es el pasado, Oliverio..... ¿No me quieres ahora?

—Susana, ¿tengo siquiera ese derecho? ¿Acaso no eres más que una coqueta que quiere inspirar amor para hacer sufrir al que te ame? Yo te he querido, y ese amor es uno de los recuerdos más gratos de mi vida; pero si fuese lo bastante loco para quererte ahora que estás lejos de mí, ¿no me condenaría á los más horribles tormentos?

—¡Ya no me quieres!—gimió Susana.—Los que están á mi alrededor tienen razón cuando me lo dicen. Si me quisieras no habría obstáculo que te pareciese infranqueable para reunirme conmigo. Reflexionas fríamente tus acciones; tú dices: haré, ó no haré esto. Oliverio, esto no es amor. El que tuviste por mí, si es que te lo he inspirado alguna vez, murió en el momento que saliste de casa. Yo tenía una rival demasiado poderosa en tu corazón, y esa rival, esa pasión que te sujeta y domina es la música. Veo claro que no piensas más que en ella y que por ella me traicionas. Ha sido suficiente que tuvieses que escoger entre las dos para que me viese abandonada.

—¿Y por qué me he visto precisado á escoger? ¿Por qué no llegaron á compenetrarse de modo que no me hubiese sido posible separarlas en mi pensamiento? Si todas mis ideas, si todos mis sueños te hubiesen tenido por confidente, ¿cómo habría podido alejarme de ti? Mi inspiración habría debido nacer en ti, Susana, y yo habría debido

encontrarla en tus ojos y en tus sonrisas. Las heroínas que mi inspiración acariciaba habrían debido encontrarse en Susana, y acercármese á mí hablándome con su voz. Entonces yo te hubiera cantado, como fueron cantadas Beatriz y Leonor, y mi obra hubiera sido su evocación musical y amorosa. Tú habrías reinado en mí y por mí. Esto era lo que yo deseaba de ti, Susana, lo que traté de hacerte comprender; pero arrastrada por la corriente de tus placeres, de la elegancia, de la coquetería y de los goces frívolos que ocupaban todos tus instantes, no me entendías. No tardaste en encontrarme ridículo porque carecía de seguridad, de pretensiones y de desenvoltura. Aburrido y lacio cruzaba por los salones en donde los brillantes monarcas del ocio desplegaban todas sus gracias y conquistaban todos los sufragios. El pobre diablo de Derstal, comparado á todos los vizcondes y marqueses que mariposean, coquetean y charlan, no podía hacer gran papel. El artista, en medio de todos aquellos señores, estaba fuera de su centro. Poco á poco te fuiste acostumbrando á no contar conmigo para nada. Llegué á convertirme en una figura decorativa, en un objeto de utilidad mundana. Me hacían acompañar á señoras sin voz, sin ritmo, sin compás y sin gusto que destrozaban la música de los grandes maestros con el aplauso de una galería de imbéciles. Poco faltó para que se me rogase que diese vueltas al manubrio de un piano mecánico para que bailasen las jovencitas.

Y todo esto, Susana, sucedía en tu presencia, sin que, al parecer, te diceses por enterada. Casi aprobabas que me humillasen y que hiciesen del hombre cuyo nombre llevas un comparsa ridículo y sin importancia. Ni una sola vez protestaste: continuabas sonriendo, cantando, bailando con los demás. Era ya tiempo de que rompiese mi cadena y recobrase la libertad. Habrías concluído por despreciarme; y á fuerza de ver á tu madre, á tu hermano y á tus amigos que me trataban como á un criado, habrías acabado por decirte: puesto que acepta este tratamiento, es que lo merece. He aquí por qué me marché, Susana, porque te quería, y sufría mucho al ver que dejabas de quererme y no quería que tuvieses de mí un recuerdo miserable.

Susana permaneció un momento silenciosa; y una arruga surcó su blanca frente. Dejó vagar su mirada alrededor de la capilla, y á través de las tinieblas que invadían el templo, vió un cuadro en el altar que representaba á la Magdalena á los pies de Cristo. Con sus rubios cabellos la pecadora rozaba los pies del divino Maestro, y prosternada despojándose de sus suntuosos adornos y ricas joyas, hacía voto de consagrarse á El en la pobreza y en la oración. La joven creyó que la Magdalena tenía sus rasgos, y que la renuncia que hacía por amor al Salvador se lo aconsejaba á ella misma su misterioso destino. Con la emoción más viva retratada en el rostro, se volvió hacia Derstal, y cogiéndole una mano le dijo:

—¿Es demasiado tarde para reparar esas faltas y para recobrar el sitio que no he sabido hacerme á tu lado?

—Capricho de una hora, Susana—dijo Derstal con melancólica sonrisa.—Resolución encantadora, pero que no durará.

—¿Por qué?

—Porque creo, con la mejor buena fe del mundo, que eres incapaz, aun haciendo los más grandes esfuerzos, de aceptar la vida que te sería necesario soportar á mi lado. Eres pájaro de jaula, Susana, y la inmensidad de los bosques te daría miedo y te morirías de tristeza.

—¿Tan vana me juzgas? ¿Y si intentáramos hacer la prueba?

—En mi casa tienes tu sitio—dijo Derstal.—Así se lo dije á tu hermano, y puedes ir á ocuparlo cuando quieras, pudiendo dejarlo si no te acomoda. Nunca podrá decirse que yo me he opuesto á que cumplas con tu deber, y te apartes de las futilidades de tu existencia para aceptar las graves preocupaciones de la mía.

—Está bien; acepto.

—¿Cuándo irás?

—Ahora mismo.

—¿Tan pronto, Susana?

—¿Te arrepientes de tu resolución?

—Esta prontitud me asusta. Semejante proyecto exige que se piense en él detenidamente. ¿Qué dirán en tu casa si no vuelves esta noche?

—Le daré una tarjeta al cochero para que me manden una doncella y ropa..... ¡Oh! No me rechaces..... Creería que no me tomas en serio, y esto me ofende cruelmente.

Estaban solos en la obscura capilla; en la iglesia reinaba imponente silencio, y los cirios del altar mayor brillaban en la obscuridad. Susana se acercó á Derstal, apoyó la cabeza en su hombro y, con un suspiro, murmuró á su oído: «Te quiero.» Emocionado, tembloroso, él se volvió y sus labios se juntaron.

Al llegar á Saint-Cloud todo fué objeto de asombro y alegría para Susana. La pequeñez de la casa, la sencillez de las habitaciones, la frescura del jardín, el aspecto que ofrecía Paris, visto desde allí y á la luz de la luna, la encantaron. Su instalación en la casita, era para ella tan nueva como imprevista. Todo divertía á la joven, desde la sorpresa del jardinero, cuando Derstal le ordenó que pusiese dos cubiertos en la mesa, hasta el aire escandalizado de la honrada campesina, que sin duda tomaba á Susana por la querida de una noche, que volvería á marcharse al día siguiente.

Inauguró su reinado cambiando de sitio los muebles de la habitación de dormir. Con apetito devoró la frugal comida que estaba dispuesta para Derstal, y después de los postres, se puso el abrigo, y cogiéndose del brazo de su marido, le hizo salir para que les diese el aire. Alumbrados por la luna pasearon por el solitario camino, libres, despre-

ocupados y más unidos de lo que habían estado nunca. Volvieron á las nueve, y encontraron la casa iluminada y encendida la chimenea de su habitación. Como Susana no tenía más traje que el puesto, se endosó una bata que Derstal se ponía para trabajar por las mañanas. Estaba tan hermosa, tan seductora, con los negros cabellos casi sueltos, que hacían resaltar más aún la blancura de su piel, que Derstal la obligó á sentarse sobre sus rodillas, y empezó á despeinarla con tanto ardor que la joven exclamó:

—¡Si mamá nos viese!....

Fué la única palabra por la cual manifestó que se acordaba de que tenía una familia; y la evocación fué hecha tan cómicamente que Derstal no pudo tomarla á mal. Al día siguiente, cuando Susana se vestía perezosamente y pensaba, no sin un poco de melancolía, que tendría que ponerse el mismo traje que llevaba la víspera, un *breack* cargado de baúles se detuvo á la puerta del jardín, y de él se apearon una doncella y un criado. Era la casa Brandón que se introducía en la morada de Derstal. El compositor, que estaba trabajando, salió de su gabinete para presenciar y dirigir la colocación del equipaje de su mujer. Una vez puesto todo en orden, dijo al criado que podía volverse á París, de lo que pareció muy satisfecho, y se quedó con la doncella.

Esta era una parisiense avispada y activa, que había vivido ya en América con sus dueños, y que

despreciaba á los Brandón casi tanto como se interesaba por Derstal. Sentimental y habladora, loca por el teatro y devoradora de novelas, sabía establecer la diferencia entre unos nababs, como los Brandón, y un pobre artista, como «el marido de la señora». En la repostería había dicho muchas veces: «Sus sacos de millones no sirven para nada. Les sirvo porque me dieron doscientos cincuenta francos al mes para que fuese con ellos á su cochina América. Pero preferiría quedarme con el señor Derstal por cuarenta francos, porque es un hombre que sabe hablar con sus inferiores, y cuando nos mira no lo hace con ese desprecio irritante, ni nos trata como si fuésemos negros.»

Aun cuando Derstal no se lo figuraba, Julia era, por rara casualidad, la aliada más segura que pudo colocar al lado de su mujer. Desde el primer día había advertido á Lavirón y á Pinchart, dándoles cuenta del acontecimiento que tan dichosamente alteraba su vida, rogándoles que fuesen á verle lo más pronto posible. Consideraba de absoluta necesidad romper la monótona existencia que Susana tendría que observar en Saint-Cloud. Desconfiaba de las resoluciones de su mujer, y creía que lo más prudente habría de ser introducir alguna variedad en las veladas que había de pasar en el campo.

Dos días después Lavirón se presentó á las cuatro de la tarde, y sus corteses maneras y su amable finura, que recordaba el antiguo régimen, gus-

taron mucho á Susana. Se puso á hablar con la joven, y el encanto de su conversación, nutrida de citas y de ingeniosos incidentes, había seducido á la ignorante y primitiva americana. Una discusión entablada sobre Gluck había llevado á Lavirón á relatar las querellas de los gluckistas y piccinistas, y la intervención de María Antonieta, las intrigas de la corte, el favor del Polignac, las relaciones alemanas de la reina; todo expuesto con un interés tan sostenido, que Susana no se había dado cuenta del tiempo transcurrido. Para apoyar las aseveraciones del crítico, Oliverio se había sentado al piano para cantar con su hermosa voz algunos trozos de *Ifigenia*. Lavirón había hecho el comentario de la música y demostrado la poderosa sencillez y la sinceridad dramática de la declamación. Al dar las once el crítico exclamó:

—¡Diantre! ¡Mi tren! No quiero llegar demasiado tarde á París.

Derstal y Susana le acompañaron hasta la estación, y volvieron cogidos del brazo sin pronunciar una palabra, impresionados por la límpida claridad del cielo. Susana pensaba, no sin asombro, en las satisfacciones que había experimentado en aquella velada, pasada en familia al lado de la chimenea, tan distinta de aquellas otras, ruidosas y ficticias, que constituían su encanto la semana anterior. Llena de vergüenza, se daba cuenta del daño que á sí misma se había hecho dejando á Derstal por sus acostumbrados «flirteos.» La parte

seria de la existencia se le apareció en un instante, siendo todo tan nuevo y diferente de lo que hasta entonces había conocido, que le habría sido imposible sospechar todos los encantos que encerraba.

A decir verdad, en América no existía nada semejante. Aquella morada de artista, grave y alegre á la vez, silenciosa y llena de ideas, apacible y brillante á un mismo tiempo por la inmovilidad física y por la actividad intelectual, era una verdadera especialidad de Europa. Podría encontrarse en Inglaterra, en Alemania, en España, países de una cultura literaria y musical refinada; pero la tumultuosa América, con su tendencia á vivir siempre fuera de casa, recorriendo las calles, pasando el día en tranvía ó en ferrocarril, comiendo en el *bar* y descansando en el *club*, no podía detener su desenfrenada carrera de negocios hacia la fortuna, para gozar las satisfacciones delicadas de una existencia exclusivamente consagrada al arte. Había una diferencia tan grande entre el modo como había visto comprender la vida hasta entonces por sus compatriotas, amigos y parientes, y el adoptado por Derstal, sus amigos y compañeros, que por sí sola explicaba todos los errores. Un sér viviente y activo, al que bruscamente se hubiesen cortado las piernas y se hubiese visto obligado á vivir acostado é inmóvil, no hubiera tenido que soportar un cambio más completo que aquel al que Susana se había sometido.

Estuvo quince días sin ir á París, dando noticias de su salud á su madre por cartas que al ir á paseo dejaba en el buzón. Derstal le decía riéndose:

—Susana, el tren va á pasar. Si tienes deseos, vete á visitar á tus amigas. No quisiera que se figurasen que te tengo secuestrada. ¿Qué deben pensar tus relaciones de una desaparición tan prolongada?

—Que piensen lo que quieran. Estoy bien aquí, y me voy aclimatando poco á poco. Voy adquiriendo tus nuevas costumbres, tus gustos y tu modo de comprender y de ver, que son tan distintos de los míos, ó, por mejor decir, yo no tenía ninguna idea de nada, y estoy educándome á tu lado. Nunca miré atentamente un cuadro ni una estatua; no he estudiado una partitura ni he meditado un libro. Cuando oigo á Pinchart que habla de música contigo, ó que Lavirón se entusiasma hablando de una obra antigua y describe los tesoros de los museos de Amsterdam y Florencia, me considero tan ignorante como las Pawonies que corren con los pies desnudos por las orillas del Delaware. Mi padre es de este modo, y Jim lo mismo, y son dos notabilísimos hombres de negocios. Mi hermano Harry, que tiene aficiones artísticas y se aproxima algo más á ustedes, es despreciado por ellos, y considerado como si no tuviese ningún valor. Haÿ, pues, antagonismo de ideas entre las gentes de mi país y las de éste.

—Pueblo joven y naciones viejas, Susana. Nos-

otros somos unos refinados que hemos heredado de nuestros padres la cultura de los siglos. Piensa tan sólo que desde hace dos mil años Europa, bajo la influencia de los griegos, los romanos y los grandes artistas de la Edad Media y del Renacimiento, es un terreno de arte sembrado por el genio. ¡Paciencia, querida mía! América se civiliza rápidamente, tal vez demasiado de prisa. En su entusiasmo por metamorfosearse, no escoge siempre con acierto, y suele caer en el mal gusto: en la falsa belleza. Quiere sobresalir en seguida, sin dejar que el tiempo realice su obra indispensable, y adquiere, á fuerza de dinero, todas las riquezas artísticas, verdaderas ó falsas, que le proporcionan nuestros mercaderes. Para responder á estas exigencias se me había encargado una ópera para Nueva York. La ópera no hubiera sido buena, y en el montón de objetos de arte que se reúnen en los Estados Unidos se encuentran muchos de muy dudoso valor. Todo esto acabará. Tus compatriotas se van educando del mismo modo que te educas tú, querida niña. Pero les costará mucho trabajo, mientras que á ti, el placer de oír hablar á Lavirón, de escuchar la música de Pinchart y ver cómo Labarre hace fuegos artificiales con su privilegiado talento, será el único y agradable esfuerzo que tendrás que hacer. Con todo, es preciso que te persuadas de que eres libre, y que no me causará el menor disgusto si te vas á pasar un día en París, aunque sólo sea para visitar á tu modista.